

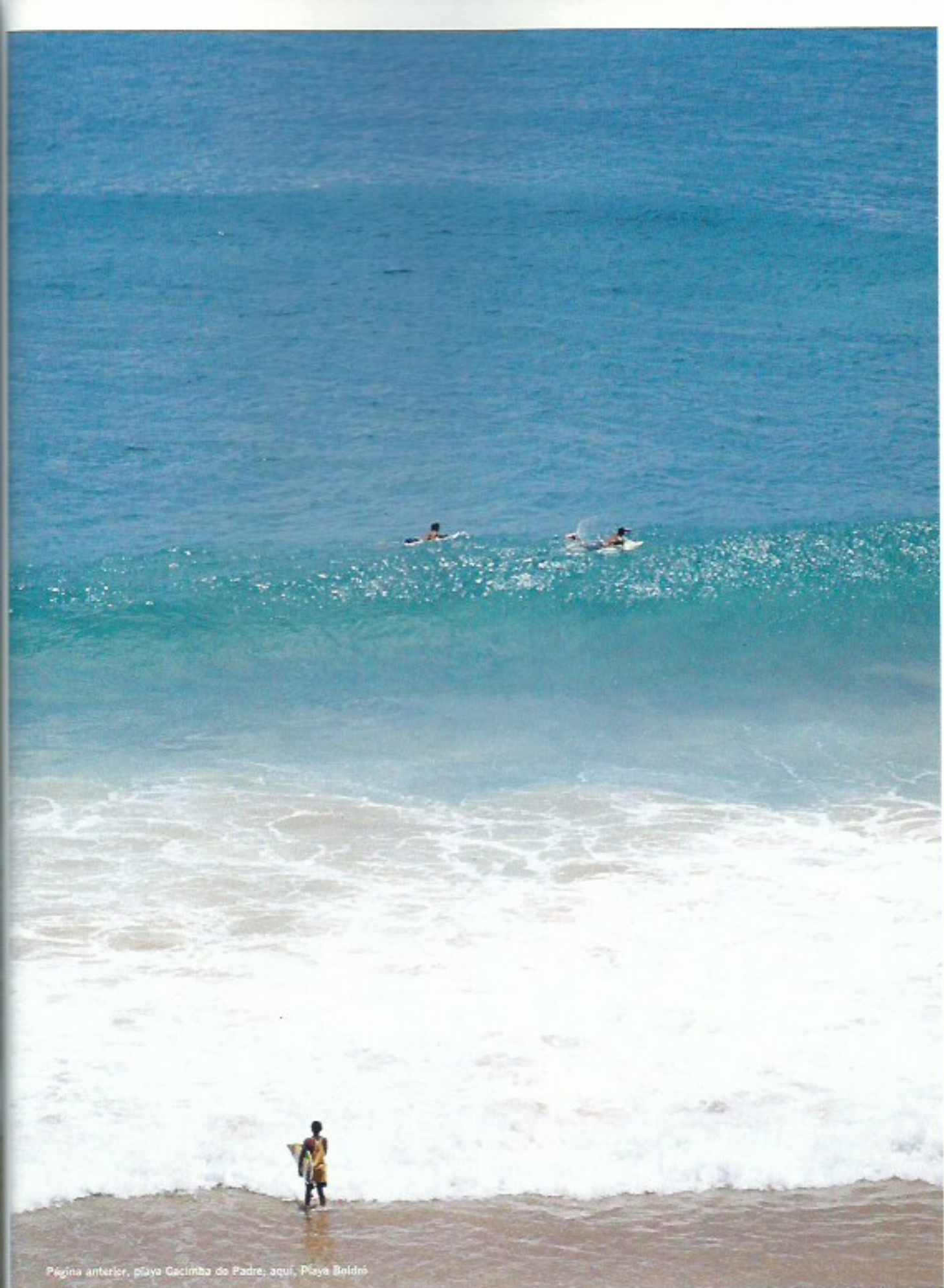
LA LUNA DE MIEL QUE NUNCA SONÉ

NOR **FERNANDO
DE** NHA



A MI PARECER, LA POCA PARTICIPACIÓN DEL NOVIQ EN LA BODA JUSTIFICABA QUE A ÉL LE CORRESPONDIERA LA LUNA DE MIEL. HABLÉ CON MI PROMETIDO Y LE DIJE: "TÚ LA ORGANIZAS Y AHÍ LUEGO ME SORPRENDES, VAMOS A DONDE QUIERAS." PERO AL FINAL ME DIO MIEDO SEMEJANTE AVENTURA Y LE SOLICITE CON VOZ ARREPENTIDA INFORMES SOBRE NUESTRO DESTINO. DESPUÉS DE BURLARSE DE MI UN RATO, ME DIJO QUE IRÍAMOS A FERNANDO DE NORONHA. ¡FERNANDO ¿QUÉ?! FERNANDO DE NORONHA, UNA ISLA EN LA COSTA NORTE DE BRASIL





Página anterior, playa Cacimba do Padre; aquí, Playa Beldón

A partir de los 12 años, o de alguna edad en la que se adquiere lo que se conoce comúnmente como "uso de razón", empecé a soñar con el concepto de la luna de miel. No recuerdo exactamente qué tipo de "luna" deseaba en esas épocas, pero probablemente tenía algo que ver con Venecia, mosqueteros y hoteles de lujo (tipo Relais & Châteaux o Small Leading Hotel of the World).

Desde entonces lo primero que hacía cuando conocía a un hombre era sumar su apellido al mío, para ver cómo sonaba: Canales de Rodríguez (okey), Canales de Garza (chistosón), Canales de Baños (con ése no me podía casar), Canales de Borrego (tampoco). La segunda cosa que hacía era imaginar en dónde sería nuestra luna de miel; la boda me la saltaba: ésa —siempre pensé— la organizaría mi mamá.

De los 18 a los 27 años me dediqué a fabricarme lunas de miel ficticias: a Disneylandia (varias veces), a Las Vegas, a un safari africano con una breve estancia en el Sahara, a Rusia, a Praga, a la India. Por ahí de los 27 ya casi todas mis amigas se habían ido de luna de miel real (a Australia, Nueva Zelanda y las Islas Fiji), yo no tenía novio y mi juego me había empezado a aburrir.

Dos años después ya planeaba mi propia luna de miel, aunque para entonces mi mamá estaba harta de organizar bodas, así que yo tendría que encargarme de casi todo: lo último que deseaba era tener que lidiar con agentes de viajes, reservaciones y boletos de avión.

Era de mi parecer que la poca participación del novio en la boda justificaba que a él le correspondiera la luna de miel. Hablé con él y le dije: "Tú la organizas y ahí luego me sorprendes; vamos a donde quieras." Pero al final me dio miedo semejante aventura y le solicité con voz arrepentida informes sobre nuestro destino. Después de burlarse de mí un rato, mi prometido me dijo que iríamos a Brasil, a una isla en la costa norte llamada Fernando de Noronha.

¿Fernando qué? Horas de internet después (www.noronha.com.br) me enteré de lo que se trataba. Lo primero que descubrí es que no había ningún Relais y mucho menos un Small Leading. De hecho, no había hoteles, punto. Tan sólo hostales, penstones o cabañas de pescadores.

Aterrizamos en Fernando de Noronha después de haber pasado unos días fantásticos en Rio de Janeiro en una suite del Hotel Copacabana (Leading Hotel of the World), con vista a toda la bahía; era inmensa y lujosa, justo lo que necesitaba por lo menos unos días.

Fernando de Noronha, en cambio, era verde y salvaje. Afuera del aeropuerto había unos cuantas combis sin techo y *buggies* que funcionaban como taxis, uno de los cuales nos llevó a nuestro hotel o, más bien, a nuestra *pousada*: una casucha con mosaicos, tejas y varias hamacas colgadas en la terraza exterior. Nos recibió una mujer con el pelo crespo y oxigenado, vestida con *shorts* de aeróbicos y camiseta y con un trapecador en la mano. Era nuestra anfitriona y sólo habla-



Fuerte Remedos



ba portugués. El cuarto era pequeño, con una ventana que daba a un patio donde estaba el tendedero comunal. El retrete era minúsculo y la regadera, de plástico con canceles de aluminio. Dejamos las maletas (el cuarto no tenía clóset) y salimos a explorar. Dos segundos en la terraza me hicieron darme cuenta de que era la hora del mosquito y de que la isla estaba infestada. Todas las guías lo decían: llevar bloqueador solar y repelente, pero desde el confort de Río las indicaciones nos parecían exageradas; ahora, en Noronha, conseguir repelente era una de nuestras prioridades.

Salimos de la *pousada* a la única calle de Noronha y caminamos hacia el pueblo. Segundo a segundo se hacía de noche, el verde que nos rodeaba tomaba matices de bosque. Poco a poco las nubes perdían el tono rosado que les había dejado el atardecer. Y las estrellas comenzaron a salir. Fernando de Noronha es una isla que se localiza 550 kilómetros al este de Recife, Brasil, en medio del Atlántico, y los pocos focos del pueblo no son suficientes para apagar el fulgor de los astros. El aire es fresco y placentero. Caminamos al pueblo y, con alivio, vimos que había todo lo necesario: café internet, crepería, restaurante italiano, tiendas con artículos

ARMADOS DE PROVISIONES,
ALETAS Y ESNÓRQUELES,
SALIMOS A EXPLORAR LA ISLA.
NOS DIRIGIMOS A LA PLAYA MÁS
CERCANA, BOLDRO, DE ARENAS
BLANCAS, AGUA CLARA Y FUERTE
OLEAJE. LUEGO SEGUIMOS UN
SENDERO Y ENCONTRAMOS
CUATRO PLAYAS DRAMÁTICAMENTE
DIFERENTES LA UNA DE LA OTRA

deportivos, farmacias y repelente. Bajo unos árboles inmensos llenos de lianas tomamos nuestra primera cena. Era el restaurante Gameleira, que ofrecía un bufé de ensalada bien servido y diversos pescados asados en hoja de plátano. Cenamos barracuda fresca y ensalada acompañadas con *caipirinhas* y cervezas. Había unas 20 mesas en el restaurante, una de buzos, una familia francesa, dos sutzos y los demás eran brasileños.

Repuestos del susto inicial, dormimos deliciosamente en la modesta pensión: las noches en Noronha son silenciosas y agradables, no hay coches ni industrias.

Vista general de la Baía dos Porcos





Al día siguiente, armados de provisiones, aletas y esnórqueles, salimos a explorar la isla. Nos dirigimos a la playa más cercana, Boldró, de arenas blancas, agua clara y fuerte oleaje. El lugar estaba totalmente vacío. Después se agregó al escenario una pareja de españoles que nos recomendó seguir una vereda, playa por playa, para ver la costa noroeste de la isla. Dejamos pasar un rato para que los españoles tuvieran la ilusión de ir solos y luego seguimos el sendero. Encontramos cuatro playas dramáticamente diferentes la una de la otra. Baía dos Porcos, con sus dos bahías y muchas rocas, es maravillosa para esnorquelear. Cacimba do Padre tiene dos islotes espectaculares de frente (Noronha es un archipiélago compuesto por 21 islas) y grandes olas que atraen a los surfistas; es una playa larga y plana. Por rocas y escaleras llegamos a la Baía do Sancho, una playa hermosa con olas suaves y totalmente contenida por un acantilado: el agua desciende por las rocas creando dos cascadas naturales. Un modesto puestito a la orilla de la playa nos proveía de todo lo necesario: cocos frescos, cerveza, Coca Cola, barracuda y camarones asados.

Poco a poco fuimos descubriendo toda la isla.


En la playa del Americano (llamada así por ser la favorita de los soldados que residían en la base militar establecida durante la segunda guerra mundial) un restaurante servía unos *bolinhos* (especie de albóndigas) de bacalao deliciosos, aunque en las noches salíamos al restaurante Trattoria di Morena (abierto de lunes a sábado de 19 a 23 hrs.), cuyas deliciosas pastas nos convencieron. De hecho, este restaurante pertenece al mejor hotel de la isla, la Pousada da Morena (T. 55 (81) 3466 4300; reservas@karilas.com.br; www.noronha.com.br/morena/morenae.html), que admite sólo 12 huéspedes y cuesta entre 80 y 100 dólares por noche.

En Baía dos Golfinhos, como su nombre lo indica, se reúnen todas las mañanas más de 400 delfines que se pueden observar desde lo alto del arrecife (el acceso a la playa está prohibido) jugando carreritas y nadando en grupos.

Tomamos un curso de buceo en la Atlantis Divers (T. 55 (81) 619 1371) y en cuestión de horas ya estábamos en el fondo del mar haciendo prácticas: vimos peces de todos colores, tortugas marinas, barracudas, anguilas y una langosta con antenas de casi medio metro de alto. En el curso teórico nos advirtieron que las peores mordidas son las de morena: una vez que te agarran no te sueltan, pero nunca estuvimos tan cerca como para estar en peligro. Cuando salimos del agua, como buenos alumnos, hicimos el cálculo de inmersión en las tablas de buceo. Sólo seis metros de profundidad y 24 minutos en el agua, pero para nosotros fue una primera experiencia inolvidable.

En el Fuogo, cerca de la playa de los Cachorros, hay un lugar para bailar y pasar toda la noche hipnotizados por las danzas brasileñas, tomando *caipirinhas* al borde del mar y bajo las estrellas. En la playa de Conceição se reúnen los *hippies*, en bares como el Barbaridade, donde las bocinas escupen reggae todo el tiempo. Éste es el lugar ideal para el ligue y el reventón, un escape ideal de la vida sana y deportista.

Descubrimos que todos los que estábamos en la isla teníamos una cosa en común: nos encanta el mar, la arena, las olas; podemos pasar todo el día descalzos, en traje de baño. Por algo toda la gente que ha visitado Noronha dice lo mismo: es el paraíso. Y si bien al principio me molestaba esa frase tan tópica, después de pasar casi 10 días en la isla yo también opinaba lo mismo: Noronha es el paraíso. No sólo por su belleza natural, que es vasta e inigualable, sino por la simpleza de la vida, por el contacto con la naturaleza, porque hace mucho que no caminaba bajo la lluvia, ni veía el arco iris, ni nadaba con delfines y tortugas, ni pasaba mis días en contacto total con el mar, la arena, la vida. Había sido un sueño, pero esta vez era real: tenía suficientes piquetes de mosquito para demostrarlo ☑



DESCUBRIMOS QUE TODOS LOS QUE ESTÁBAMOS EN LA ISLA
TENIAMOS UNA COSA EN COMÚN: NOS ENCANTA EL MAR,
LA ARENA, LAS OLAS. PODEMOS PASAR TODO EL DÍA
DESCALZOS, EN TRAJE DE BAÑO. POR ALGO TODA
LA GENTE QUE HA VISITADO NORONHA DICE LO MISMO.

ES EL PARAÍSO